



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

#### AÑO 2.º—NÚMERO 18.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redacción y administración, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

#### SUMARIO.

De los efectos perniciosos que produce una cultura anticipada del pensamiento, por D. Sebastian Perez y Aguado.—Una herencia de llanto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Última inspiracion, poesía, por D. Francisco Zea.—Solo un Dios y solo un culto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Seccion para los niños: La Virgen del Lago, por id.—Variedades.

#### DE LOS EFECTOS PERNICIOSOS QUE PRODUCE UNA CULTURA ANTICIPADA DEL ENTENDIMIENTO.

El desenvolvimiento de las facultades mentales que se observa en algunos niños es, segun la opinion del Dr. Combo y otros célebres fisiólogos, un síntoma de enfermedad, y así se vé frecuentemente que los niños en los cuales se manifiesta, mueren jóvenes. Esta verdad debe recordarse con especialidad á los padres que, cayendo casi todos en el error de que la precocidad es de buen agüero, se ocupan cuidadosamente en cultivar temprano el entendimiento de sus niños y sobrecargan con un trabajo excesivo la memoria y la inteligencia. Ignoran que, excitando demasiado las facultades intelectuales y desatendiendo las físicas, se quebranta la armonía que debe reinar en el desarrollo de ambas,

y que el acrecentamiento momentáneo y prematuro de la eficacia de la inteligencia no tarda en desarrollarse.

De aquí resulta que organizaciones privilegiadas que estaban llamadas á ser un día el orgullo de sus padres, y tal vez la gloria de su patria, vinieron despues á quedar reducidas á una simple medianía ó á la clase del idiota, si no succumbieron á impulso de las excitaciones del espíritu empleadas imprudentemente en su educacion. Sirva de ejemplo Mangiamelle. Este genio privilegiado, á quien todos hemos conocido, era á la edad de cuatro años la admiracion de Italia, como poco despues lo fué de toda Europa. ¿Y cuál ha sido el término en que ha venido á parar este célebre calculista? Los periódicos nos dijeron hace algunos años que estaba reducido al estado de un idiota, sin poder resolver ni aun los cálculos mas sencillos.

Los perniciosos efectos que produce una immoderada y prematura excitacion de las potencias del alma, se demuestran tambien con la estadística de todos los paises del mundo. Aquellos donde han sido mas prematuramente desarrolladas por efecto de la educacion ó de otras causas análogas, presentan mayor número de de-



mentes y figuras pálidas, flacas y enfermizas.

Á pesar de que hállamos demostrado el peligro, y aun los funestos efectos que resultan de la excitacion anticipada de las facultades mentales, no podemos menos de referir aqui lo que sobre este punto dice Brigham:

«Repetidamente he visto á niños que eran considerados como unos portentos, experimentar tristes consecuencias. Algunos morian antes de haber llegado á los 8 años, y manifestaban en los últimos momentos una madurez de concepcion que aumentaba de nuevo al temor de perderlos. Su entendimiento era como aquellas flores que se marchitan al instante que salen del capullo. Otros llegaron á la edad viril, pero con el cuerpo endeble y los nervios afectados. Su espíritu, en diferentes ocasiones, conservaba actividad pero su constitucion era delicada. Otras maravillas juveniles no tienen en la edad viril mas que una inteligencia débil y se convierten en instrumentos de aquellos que antes fueron reputados como sus inferiores.»

Sucede raras veces que aquellos que han ejecutado acciones brillantes ó que han adquirido derecho al reconocimiento del género humano, hayan recibido en sus primeros años una educacion en armonia con los trabajos maravillosos que despues han realizado. Antes por el contrario, se ha podido observar, y la experiencia lo demuestra todos los dias, que la inteligencia de los hombres, cuyo génio los elevó sobre sus semejantes, fué cultivada con negligencia en los primeros años de su vida; pero que la instruccion que ellos mismos adquirieron con su laboriosidad, los ha colocado á una altura que no habria sabido hacer la educacion. Segun la feliz expresion de Brigham: «No han debido su elevacion á una cultura anticipada, sino que ha crecido como el altivo roble en medio de las borrascas y tempestades que crugian á su alrededor. Shakspeare, Moliere, Gibbon, T. Scoot, Nicbuler, Valter Scoot, Byron, Franklin, Rithentousse, Serman, Gifford, Herder, Davy, Adan y un sinnúmero que pudieran citarse, no demostraban en su infancia esas felices disposiciones que, desarrolladas mas tarde, los han inmortalizado. Clark, á la edad de 12 años, era tenido por necio.

Newton, segun lo que refiere de sí mismo, fué muy poco aplicado al estudio, y siempre el último de su clase hasta la edad de 30 años.

Á imitacion de Newton, refiere Chateaubriand que á la edad de 14 años se le apellidaba el estúpido en su colegio.

El gran Napoleon, si nos atenemos á lo que han dicho los que le conocieron íntimamente en su infancia, era, bajo el concepto de que habla-

mos, como los demás niños de su edad.

Nuestro inmortal Cervantes, primero que célebre escritor, fué valeroso soldado en la batalla de Lepanto.

Tosca, reputado por el mas eminente matemático de su siglo, empezó el estudio de la aritmética á los 50 años de edad, siendo portero de una Academia.

El famoso Herchel, antes de adquirir los primeros conocimientos de la Astronomía, en la cual se adquirió despues una gran celebridad por su brillante teoria de la aberracion y mutacion de los astros y por la perfeccion de su célebre anteojo, habia sido músico de un regimiento hasta la edad de 30 años.

Las observaciones hechas no dejan duda acerca del peligro que resulta de una manifestacion anticipada de las facultades mentales, y lo mismo de su prematuro desarrollo por la educacion; y sin embargo, no abrigamos la confianza de que produzcan fruto alguno en los padres de familia, por la preocupacion de que hablamos al principio. No obstante, los invitamos con vehemencia, y lo mismo á los encargados de la educacion de la niñez, á que consulten las observaciones de aquellos que por su profunda instruccion y experiencia vienen á ser autoridades respetables en la materia. Deben principalmente averiguar cuáles sean las opiniones de los médicos sabios y experimentados acerca de la temprana cultura del entendimiento Tissot, Zimmermann, Huffeland, Spurzheim, Sinibaldi, Friedlander, Carlos Londe, Braussais, Jodhon, y Strure son, por ejemplo, dignos de estudio en las ideas que vierten sobre punto tan interesante.

Vamos á concluir, pero no sin hacer antes una advertencia importante. No se entienda que ha sido nuestro objeto combatir los esfuerzos juiciosos que se intentaren hacer para desenvolver la inteligencia. No, nunca hemos pensado así; cuando por el contrario, abrigamos la profunda conviccion de que la cultura del entendimiento en tiempo oportuno, y manejada discretamente, lejos de ser nociva es útil á la salud. Creemos evidente el principio de que para que la salud se conserve en estado satisfactorio, es esencial desarrollar los órganos físicos y ejercitarlos constantemente.

Tambien estamos convencidos de que al cerebro sucede lo mismo que á cualquier otro órgano del cuerpo: si los músculos de éste no son ejercitados, cesan de crecer y aun pierden su poder, energia y actividad. Por la misma razon el cerebro disminuye de volúmen cuando no ejerce sus funciones.



Tampoco podemos dudar que cuando por la falta del ejercicio conveniente un órgano disminuye, el sistema entero sufre, y entonces la salud se deteriora; y por forzosa consecuencia, el ejercicio de las facultades intelectuales tiende á procurar y á sostener una buena salud.

Nuestro objeto ha sido, pues, llamar la atencion de los padres de familia y de los maestros. Nos dirigimos á los primeros para advertirles los funestos efectos que resultan de estimular prematuramente la inteligencia de los niños y exigir de ellos esfuerzos perjudiciales; y á los segundos para estimularlos á que, haciendo un profundo estudio de los métodos modernos, utilicen lo mucho bueno que contienen y eviten lo que tengan de perjudicial, procurando siempre armonizar el desarrollo físico con el intelectual de una manera gradual y prudente.

Para conseguirlo, huyan de la perniciosa costumbre de sobrecargar sin fruto alguno la memoria de los niños con ideas de que ninguna conciencia llegan á tener, y adopten cuanto les sea posible una frecuente variedad en los ejercicios y un no interrumpido sistema de viva voz ó explicacion, auxiliada de los medios intuitivos. De este modo se harán pensadores sus alumnos y adquirirán sólida instruccion sin fatigar su entendimiento.

Sebastian Perez y Aguado.

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACION).

En efecto, Teresa abrió uno de los balcones, y una claridad viva y brillante inundó la estancia, por la cual avanzaron lentamente y como asustadas de la soledad que las rodeaba.

Andrea, acostumbrada á frecuentar las habitaciones de la señorita de Avendaño, no se admiraba como su compañera de la riqueza de los muebles, del tamaño de los espejos y de la finura de los cortinajes, que aunque antiguos y ajados, revelaban, sin embargo, el pasado lujo de aquella morada; pero Teresa no podia volver en sí de su asombro, y se detenía á cada paso por el temor de pisar aquellas alfombras ó de tropezar con aquellos muebles.

La hija del guarda-bosque, preocupada por otros pensamientos, dominada por extraños temores, no se fijaba en nada de esto, y buscaba un objeto, un guia que la pudiera dar luz enmedio de las sombras que la cercaban.

¡Pobre criatura! con su ignorancia, con su completa falta de conocimiento de las cosas del mun-

do, queria llegar á descubrir un hecho que la justicia humana no habia podido penetrar!

Con los ojos fijos en cada sitio, en cada mueble, parecia querer adivinar en ellos el secreto del pasado, ó interrogarles sobre una historia sepultada en el silencio de las tumbas.

En el testero principal del salon, se ostentaba un gran cuadro, igual al que se hallaba en el cuarto de Armando, mientras que un sitio vacío á su lado denotaba el lugar que este habia ocupado.

Andrea le contempló con afán.

Era un hermoso retrato de mujer, adornada con terciopelos y encajes y pedrería, que la hacian mas bella aun.

—Mira, dijo mostrándoselo á su compañera; ¿será esta la condesa de Fuensanta?

—Quizá sí: cuando está puesto ese cuadro en el testero principal...

—¡Y qué hermosa seria entonces!

—¡Yo lo creo! repara, repara; con esa frente blanca y esos encajes y ese collar, se parece á la Virgen que hay en el altar de la iglesia del pueblo.

—¡Oh! no, no; la Virgen tiene la cara mas triste y los ojos mas hermosos.

—No, pues esos son bien grandes y bien azules por cierto.

Un ruido extraño interrumpió á las dos jóvenes enmedio de su conversacion.

—¿Has oído? preguntó Teresa.

—Sí, respondió su prima; suenan pasos en la escalera; acaso dejarias la puerta abierta.

—¿Será mi madre?

—Tal vez.

—¡Oh! nos va á reñir si vé que hemos abierto esta puerta; ayúdame y cerremos al instante.

Y saliendo precipitadamente probaron á torcer de nuevo la llave en la cerradura.

Sus esfuerzos eran inútiles, su misma turbacion les impedia acertar, y entretanto los pasos se acercaban, pausados y sonoros, retumbando en la solitaria morada.

Un hombre subia la escalera, y Andrea y Teresa pudieron distinguirle antes que él acertara á verlas.

—Es el señor Armando, exclamó la última; es el señor Armando; ¡ay! ocultémonos aquí: él irá á su habitacion y cuando haya pasado podemos salir sin que nos vea.

Teresa tenía razon.

El amante de Adriana apareció por fin al extremo del corredor: las dos pudieron verle perfectamente.

El jóven venia mas triste y preocupado que nunca.



En su semblante se revelaba la espantosa lucha que sostenia su alma, y su abatimiento demostraba que aquella lucha le rendia.

Completamente abstraído y meditabundo, dió algunos pasos vacilantes; pero lejos de dirigirse á su habitacion, como Teresa esperaba, siguió adelante, en direccion al sitio en que se encontraban.

Armando llegó á la puerta del gran salon y se detuvo en el dintel.

Tal vez ni aun llamó su atencion que aquella puerta estuviese abierta.

En el estado de afán, en la agonía en que se hallaba su corazón, no podia pensar en esas pequeneces que fijan nuestro pensamiento en dias de paz y calma.

¿Qué le importaba á él todo cuanto le rodeaba entonces, si habia perdido la felicidad y la esperanza?

Traspassó aquel dintel y se dejó caer en uno de los sillones, sin darse cuenta de lo que hacia.

Teresa y su compañera se habian ocultado en el hueco de un balcon y tras los pliegues de una colgadura, y no podian moverse de allí sin ser vistas por Armando.

La pobre niña hubiera dado la mitad de su vida porque la hubiese sido fácil salir de allí, pero Andrea, sujetándola del brazo decia á su oído:

—No te muevas, no te muevas y veremos lo que hace.

Armando permaneció algunos instantes en profunda meditacion.

Despues pasó la mano por su frente y se levantó, adelantando hasta el centro del salon.

Desde allí podia contemplar el retrato de la condesa Emma, iluminado por un rayo de sol.

El joven sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y que sus piernas se doblaban, cayendo al fin de rodillas y exclamando:

—¡Perdon, madre mia, yo no puedo obedecerte!

Aquella exclamacion que se desbordaba de su corazón, estrecho para contener su emocion, llegó á oídos de Andrea, que prestó mayor atencion.

Armando, como si en aquellas palabras hubiera exhalado todo su dolor, como si temiese escuchar un reproche por haberlas pronunciado, se levantó y salió con paso vacilante de la estancia encaminándose á su cuarto.

—Es su madre! murmuró Andrea viéndole alejarse; es el hijo del conde Arturo, asesinado en la Cruz del bosque! pero ¿quién le mató? ¿quién le mató y á quién acusa él de la muerte de su padre? ¡Oh Dios mio, ayudadme á descubrirlo!

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## ÚLTIMA INSPIRACION.

Luminosas falanges de querubes,  
que vagais entre sombras y arreboles:  
fantasmas, que pisais tronos de nubes  
rizando nieblas y eclipsando soles:

Tened un punto el remontado vuelo;  
oid el canto que del alma brota,  
y derramad en mí dulce consuelo  
y mi llanto enjugad, gota tras gota.

Por esta senda universal, ansioso  
de excelsa gloria y de esperanzas bellas,  
arrastro una existencia sin reposo  
lamentando el rigor de las estrellas.

Negareis á mi afán la hermosa calma  
que há tiempo huyó del corazón herido?...  
No vertereis en mi llagada alma  
el delicioso bálsamo querido?...

Vereis sin lauro mi abatida frente,  
y no la ceñireis de eternas flores?...  
Os burlareis de mi ambicion ardiente?  
Límite no hallarán ¡ay! mis dolores?..

Oh!.. que ya al himno que el poeta entona  
vuestro acento responde, delicado...  
Qué quiero, me decís?... Una corona!  
Quién soy, me demandais?... Un desgraciado!

Francisco Zea.

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

—»Eso nada me importa: lo que exijo es que  
»lo aparentes.

—»El mundo lo creeria y.... ¡qué pensaria de  
»mí!

—»¡Y qué pensará cuando vea que eres la mu-  
»jer de un presidiario!

—»¡De un presidiario! grité mirándole con ex-  
»travio.

—»Esa será mi suerte si te obstinas.

»Al escuchar estas palabras no sé lo que pasó  
»por mi mente.

»Hay impresiones que no podemos explicar.

»Héctor debió conocer mi estado, porque se  
»aproximó á mí, dulcificó algo su acento, y me  
»dijo tomando una de mis manos:

—»Tú puedes evitarlo. Williams nada intenta-



»ra en contra mia, mientras vea que le soy adicto,  
»que trabajo por sus ideas y que participo de su  
»afan; el bautizo de nuestra hija, si llegase á su  
»oído, sería una prueba contra mí, prueba que  
»me es preciso destruir, ó presentándote conmi-  
»go ó llevándola á Londres á que se eduque en  
»uno de nuestros colegios. Ya ves, Consuelo,  
»que si te aflijo no es por hacerte sufrir, si no  
»obligado á ello á pesar mio.

»Una losa de plomo habia caído sobre mi co-  
»razon, aplanándome por completo.

»Sin fuerzas para rechazar á aquel hombre,  
»abatida y trastornada, pude únicamente pro-  
»ferir:

—»Pero es forzoso que me lo digas todo: yo  
»quiero saber qué es lo que te arrastra á ser es-  
»clavo de ese hombre; á convertirte entre sus  
»manos en una vil máquina tan solo.

—»¡Oh! ¡la desgracia! ¡el crimen!... pero el  
»crimen involuntario, impensado; el crimen á  
»que arrastra la desventura, la pobreza: el ver  
»una madre que muere sin recursos, una ancia-  
»na sin pan.... ¡ay, Consuelo! todo esto es bien  
»triste por cierto.

—»Luego.... tú has sido criminal?

—»Sí: y mi culpa me entrega á merced de  
»Viliams, que fué testigo y cómplice de ella.

—»Pero de qué te pueden acusar?

—»De la muerte de un hombre!

—»Dios mio!

—»Me has obligado á decírtelo todo y vas á  
»oírlo, Consuelo, vas á oírlo.

—»Un asesinato! murmuré cubriéndome la  
»cara con las manos; un asesinato!

—»Oh! fué la fatalidad quien me obligó á co-  
»meterle, fué la fatalidad, la desgracia que me  
»impulsó á pesar mio; pero ya no tiene remedio.

»Aquellas palabras helaron la sangre en mis  
»venas y me dejaron aterrada.

»Ni una frase podia salir de mi boca, ni en-  
»contraba un pensamiento entre el torbellino de  
»ideas que daban vueltas en mi mente.

»Héctor tambien sufría: su aspecto lo revelaba  
»bien claramente.

»Pasados algunos instantes de un angustioso  
»y extraño silencio, mi esposo se acercó mas á  
»mí y me dijo muy quedo, tan quedo que apenas  
»podia entenderle:

—»Ya que sabes la culpa, es preciso tambien  
»que conozcas las circunstancias que me impul-  
»saron á cometerla; á pesar de todo, yo te amo,  
»Consuelo, y no quiero pasar á tus ojos por un  
»hombre despreciable. Si he sido criminal, he  
»sido desgraciado, y esto ha de pesar algo en la  
»balanza de tu justicia.

»Nada le respondí.

»¡Ay! estaba incapaz de hacerlo!

»Héctor vió en mi silencio una aprobacion tá-  
»cita y empezó á decir:

—»Hace algunos años... era yo muy jóven,  
»ocurrió en nuestra casa un terrible cambio: de  
»rico y considerado me hallé pobre, sin honra y  
»huérfano en un solo dia! Mi padre, que era un  
»banquero respetado, tuvo la desgracia de po-  
»ner su confianza en un hombre indigno que abu-  
»só de ella, huyendo despues de habernos roba-  
»do. Entre los fondos que se llevó consigo, ha-  
»bia muchos que no nos pertenecian. Mi padre  
»no pudo subsanar esta pérdida, y no encon-  
»trando medio de justificar su conducta, ni de  
»probar que habia sido engañado, se levantó la  
»tapa de los sesos, evitando así el oprobio, pero  
»dejándonos sumidos en la miseria y en la des-  
»gracia. El mundo es injusto, Consuelo, y no  
»creyó en la inocencia de mi padre; al menos, si  
»no pudo suponer que habia robado el dinero á  
»los que le confiaron en sus manos, dijo que la  
»imprevision, la falta de vigilancia ó el descui-  
»do de sus negocios habian producido aquel he-  
»cho. Además, el suicidio es un crimen que la  
»ley es impotente para hacer expiar, pero que  
»la sociedad castiga, arrojando su anatema so-  
»bre la tumba del suicida. Una triste viuda y un  
»jóven inocente fueron los solidarios de aquella  
»culpa, pues todos empezaron á volvernó la  
»espalda y á mirarnos con frialdad. Lo mismo  
»hicieron nuestros mas íntimos amigos, temien-  
»do acaso que en nuestra precaria situacion re-  
»curriéramos á ellos.

»Nos vimos, pues, aislados y abandonados de  
»todos.

»Yo, acostumbrado al lujo y al fausto, no po-  
»dia tolerar aquella situacion que me parecia  
»horrorosa. Mi orgullo se rebelaba al verme po-  
»bre, al verme desdeñado, y empecé á aborrecer  
»á aquella sociedad tan injusta como veleidosa.

»Mi madre estaba enferma, muy enferma, y  
»hubo veces en que careció de medicinas y de  
»pan.

»Un dia, y despues de haber agotado mis úl-  
»timos recursos, la vi estremecerse de frio y pa-  
»lidecer de hambre. Un vértigo cegó mis ojos y  
»me lancé á la calle sin saber á dónde iba.

»Pensando en mi pobre madre, intenté buscar  
»recursos y trabajo de cualquier modo.

»Llegué á dos ó tres partes intentando ofrecer  
»mis servicios; pero al ir á formular mi peticion,  
»la palabra espiraba en mis labios y mi orgullo  
»se oponia á toda idea de súplica ó humillacion.  
»Sin embargo, yo necesitaba auxilios pronto y  
»me desesperaba sin hallar término á aquella si-  
»tuacion. La idea de mi madre por un lado, la



»idea de mi impotencia por otro, me pusieron en un estado de locura casi, y pasé muchas horas »vagando sin objeto por la ciudad.

»Era el anocheecer.

»Yo no habia vuelto á mi casa, porque la idea »de llegar sin un consuelo para mi madre me re- »traia á mi pesar, avergonzándome á veces de »que mi orgullo me impidiera hacer por ella el »sacrificio de una humillacion.

»Delirante, trastornado, sin ver nada en torno »mio, porque el hambre.... sí, Consuelo, el ham- »bre me habia producido fiebre, me sentí deteni- »do por una multitud de gente que hacia círculo »en medio de la calle. Algunos curiosos que se »acercaban me impulsaron á mi pesar, y me ha- »llé confundido con ellos, sin saber aun de lo que »se trataba.—¿Qué es eso? preguntó una voz á »mi espalda; ¿qué es lo que ha sucedido ahí?— »Nada! contestó con acento áspero y desagrada- »ble un hombre que se hallaba delante; nada: »una mujer, una pordiosera que se ha desmaya- »do al ir á pedir una limosna.—Mi corazon dió »una terrible sacudida al escuchar estas frases: »parecia que una maza de hierro, dando un gol- »pe en mi cerebro, hacia estremecer todo mi »ser. Sin saber por qué, una fuerza misteriosa »me hizo dar dos pasos hácia adelante, y apar- »tando á los que tenia cerca, me lancé junto á »la desventurada que yacia tendida en medio de »la calle. ¡Ay! mi corazon no me habia engaña- »do! aquella mujer era mi madre! era mi madre, »que pensando mas en mí que en ella misma, se »habia resuelto á pedir una limosna para que »su hijo no muriese de hambre.

»Imposible me seria decir lo que sufrí enton- »ces; solo sé que caí de rodillas y que estreché »contra mi pecho aquel cuerpo inanimado. La »gente que nos rodeaba guardaba profundo si- »lencio. Comprendia sin duda que algo muy tris- »te, muy doloroso tenia lugar allí. Sin embargo, »nadie se atrevia á ofrecernos socorros que nues- »tro traje y nuestro aspecto parecian rechazar: »á un mendigo lleno de harapos se le ofrece una »moneda de cobre sin repugnancia y sin vaci- »lar; pero á un pordiosero de levita es preciso »ofrecerle algo mas, ó no darle nada entera- »mente.

»Esto sucedia con nosotros.

»De pronto, y en medio de mi desesperacion, »sentí que me tocaban en el hombro, y que mur- »muraban á mi oido:—Valor, jóven; piénsese V. en »auxiliar á su madre y en quitarla pronto de »aquí.—Yo me volví lleno de asombro y hallé á »mi lado á un hombre que me miraba fijamente »y que parecia dispuesto á ayudarme en aquel »momento.—Caballero, le dije en medio de mi

»trastorno; no sé qué hacer, estoy desesperado. »—Déjelo V. á mi cuidado, contestó; yo me encar- »go de todo.—Y volviéndose á un chico que te- »nia cerca,—Vé, dijo, y trae un carruaje al ins- »tante, despues buscaremos un médico; pero »pronto, pronto.—El muchacho se alejó, y en »breve volvió seguido de un coche de plaza, que »habia encontrado á pocos pasos. Ayudado por »aquel hombre conduje hasta él á mi madre, y »subimos ambos tambien despues de dar las se- »ñas de mi casa. Durante el camino miré mas fi- »jamente á mi compañero, aunque el estado de »mi madre impedia toda explicacion. Su aspecto »era distinguido, y su rostro de unas facciones »regulares, no participaba en aquel momento de »la emocion del que ejecuta una buena accion: »no; su mirada era penetrante, pero fria y calcu- »ladora, hallándose en toda su fisonomía un aire »marcado de impasible serenidad; aquel rostro »inmóvil y helado ofrecia algo de repulsivo que »no me supe explicar. Sin embargo, yo solo te- »nia motivos de gratitud, pues acababa de pres- »tarme un servicio inmenso, evitándome la ver- »guenza de seguir en medio de una plaza dando »el espectáculo de mi desgracia.

»El movimiento del carruaje devolvió á mi ma- »dre el conocimiento, y sin saber lo que habia »pasado despues de su desmayo, al verse á mi »lado, echó á llorar con inmensa amargura.

—Diga V. a su madre que se tranquilice, »murmuró á mi oido aquel hombre; esa emocion »es perjudicial, sobre todo en el estado en que se »halla: dígalala tambien que su situacion de V. »puede remediarse.

»Le miré con asombro, pero en mi deseo de »consolar á mi madre, la repetí sus palabras.

»Llegamos á nuestra casa. Vacilé antes de de- »cirle que entrara en ella; pero él, sin fijarse al »parecer en ello, tomó el brazo de mi madre, y »despues de pagar al cochero subió delante de »mí.

»Cuando llegamos á nuestra pobre habitacion »mi madre no podia sostenerse; estaba tan débil, »tan abatida, que se dejó caer en la humilde ca- »ma que habia sustituido á su lujoso y elegante »lecho, casi sin conocimiento y sin aliento casi.

—»Esta señora está muy delicada y necesita »prontos remedios; quédese V. con ella mientras »yo voy por un doctor, y haga V. que nada la »falte: mañana nos veremos.

»Fuí á hacer un movimiento para hablar, pero »él me lo impidió diciendo á su vez:

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.



## SECCION PARA LOS NIÑOS.

## LA VÍRGEN DEL LAGO.

(Continuacion).

El sol se habia alzado puro y brillante sobre la tranquila aldea; las flores de la primavera se espejaban en las aguas del sereno lago, despues de impregnar el viento de perfumes.

Las ovejas, diseminadas por el llano, parecian á los lejos, y perdidas entre los verdes olivares, blancas flores silvestres, estremecidas por los céfiros de la mañana, mientras las aves, gorgiendo entre el ramaje, inundan de armonía aquella naturaleza sonriente y llena de galas y hermosura.

Marina se hallaba á la puerta de su cabaña, mirando con los ojos llenos de lágrimas, pero con la sonrisa en los labios, el cuadro encantador que tenia ante sí.

Cristina, la hermosa niña, la hija del patricio Urbano, confiada á sus cuidados, mas bella que la purísima luz del alba, mas casta que el primer albor de la mañana, se encontraba á su lado rodeada de las niñas pobres de la aldea, y acaba de repartirlas los trajes, las galas, los manjares y las monedas que la tarde antes habia recibido de manos de un esclavo enviado por su padre.

Á pesar de la santa alegría que la dicha de haber hecho un bien derramaba en el alma de aquella niña, una nube de vaga tristeza velaba su frente, y cubria sus mejillas de una lijera palidez.

Las inocentes criaturas que la rodeaban, admiradas del valor y la riqueza de sus dádivas, la colmaban de bendiciones y la manifestaban de mil modos su cariño y su gratitud.

Cristina respondia á todas ellas con su angelical dulzura, prodigándoles al par palabras llenas de amor y de humildad.

Cuando ya todas se habian alejado, una de las niñas, favorecida por Cristina con la limosna de algunas monedas, se acercó á ella y la dijo con un acento infantil.

—Cristina, con este dinero que acabas de darme compraré pan para mi madre enferma; yo nada tengo, soy una pobre niña mendiga, y solo poseo esta rosa blanca tan hermosa como tú; tómala, pues su perfume es el emblema de tu alma y su belleza el de tu hermosura; adios, yo pediré al cielo que te dé una felicidad eterna en premio del bien que me has hecho.

Cristina escuchó aquellas palabras con profunda emocion, y tomó la rosa en las manos, mientras la niña desaparecia de su vista.

—Te has quedado triste y preocupada, hija mia, la dijo su nodriza, viéndola inmóvil y muda: ¿qué hay en las frases de esa criatura que así pueda impresionarte?

—Me desea una felicidad eterna, querida madre, y la felicidad eterna no puede estar en este mundo.

—Esa niña es cristiana, hija mia, y su pobre madre tambien, aunque nadie lo sabe en la aldea.

—¡Ah! entonces comprendo su deseo.

En aquel instante un soplo de viento rozó los dedos de Cristina, y á su impulso las hojas de la flor que tenia en la mano cayeron al suelo para marchitarse sin duda á sus piés.

La niña las miró con pena murmurando:

—He aquí lo que acaban de decirme que es emblema de mi belleza humana, destruido y deshecho en un solo momento; ¡las hojas de la rosa han caido sin vida, pero ¿á donde irá su perfume?

—Se elevará al cielo sin duda entre las alas de la brisa, como nuestras almas alzarán su vuelo cuando el cuerpo baje á la tierra, como los despojos de esa flor! contestó la nodriza lentamente.

Cristina la oyó con recogimiento y murmuró:

—No sé por qué, mi buena Marina, el corazon me anuncia hoy algo de extraordinario que no sé definir: miro estos valles y estas montañas que se extienden ante nosotras, con la pena con que se mira un objeto querido que estamos próximos á perder; las flores de nuestro pequeño huerto, las avecillas que cantan en nuestra ventana pareceme que hoy se inclinan ante mí para darme un adios de despedida; y sin embargo, una voz en el fondo de mi alma me anuncia una dicha suprema, lejos de este suelo, de esta aldea, de este retiro.

—Acaso, hija mia, se realicen tus presentimientos; tu padre es rico, ocupa en Toscana una posicion y un destino brillante; tú acabas de cumplir los doce años y querrá llevarte á su lado y presentarte á sus amigos.

—Ay de mí! y crees que esto seria mi felicidad?

—¿Quién sabe lo que nos reserva el porvenir!

—No, Marina, no; por desgracia mia, mi padre no es cristiano: en su alma endurecida por las máximas de la idolatría, no han penetrado los destellos de la fé con que has llenado la mia! Soy una niña débil é indefensa, sin mas apoyo que tú á quien llamo madre, y sin mas guia que tu amor. ¿Qué haré yo al lado de mi padre que no me ama, que no me comprende, que no espera ni cree en mi Dios!

—Que no te ama!



—Oh! no! ¿qué padre, amando á su hija, vive parado de ella, sin codiciar sus primeras caricias y los afectos primeros de su corazón!

—Tienes razón.

—Y sin embargo, yo estoy dispuesta á quererle; á ser sumisa y amante para él: bien sabes que todos los días ruego á Dios por su ventura.

—Yo también, hija mía, pido al Señor que le ilumine y pido también que te deje á mi lado. Aquí vives feliz: niña inocente, alma sencilla y cristiana ni te seducen las galas del mundo ni ambicionas sus falsos goces.

—Es verdad; ¡oh! por eso tiemblo desde ayer.

—Cómo!

—Arsenio, el esclavo favorito de mi padre, me anunció para hoy su venida.

—Y nada me habías dicho.

—Temí afligirte.

—Y no ha explicado Arsenio?....

—Nada; solo que su señor vendrá á Tiro.

—El cielo haga que no sea su objeto llevarte á la ciudad.

—Cúmplase la voluntad de Dios: de todos modos, te ofrezco, Marina, no olvidar las santas lecciones que he aprendido de tus labios: no vacilar un punto en la fe que has inspirado á mi alma, y perder mil veces la vida antes de faltar á las promesas hechas en el santo bautismo.

Marina estrechó á la hermosa niña sobre su corazón, y ambas permanecieron así unidas, cuando un ruido confuso en un principio, pero mas perceptible despues, vino á hacerla estremecer.

Un instante despues, altivo, ceñudo, orgulloso, apareció en la puerta de la cabaña el prefecto Urbano, seguido de algunos criados y de varios esclavos.

Cristina se separó de los brazos de su nodriza, y se adelantó tímidamente á su padre con ademán de respeto y amor.

Urbano fijó en la niña una mirada terrible y la contuvo con un ademán.

—Qué significa ese pobre traje y ese aspecto miserable? desde cuándo la hija del gobernador de Toscana viste como la última de las hijas del pueblo, y se presenta así entre sus criados?

—Señor, murmuró Cristina turbada y afligida al par; señor, yo creí....

—Qué haces de las galas y preseas que te envío? qué haces de las joyas y el dinero que destino para tí?

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## VARIETADES.

### EL PERRO.

Un escribano tenia un perro llamado Mufti, á quien queria mucho. Un día que debia recibir una suma de diez mil reales en el campo, montó á caballo y se dirigió al sitio, seguido de Mufti. Este animal fué testigo de todo, vió como el escribano contó el dinero, cómo lo metió en un saco y cómo montó á caballo con aire satisfecho.

Mufti tomó parte en la alegría de su amo, salta en torno suyo y ladra para felicitarle. Hacia el mediodía se vé obligado el escribano á apearse, ata su caballo á un árbol y pasa á un vallado; al alejarse se acuerda que ha dejado el dinero en el caballo, y temiendo que cualquiera que lo sepa se apodere de él, vuelve y toma su saco, lo pone á su lado al pié de un zarzal, donde se detiene algún tiempo; despues se levanta y se dispone á partir, sin acordarse del saco.

Mufti, que habia observado todos sus movimientos y que le seguia todos sus pasos, advirtió esta distracción, corre al saco, intenta levantarlo ó arrastrarlo con sus dientes; pero pesaba demasiado: vuelve á donde estaba su dueño, y le tira de los vestidos para impedirle que suba á caballo, lanzando fuertes ladridos. El escribano no hace caso alguno, separa su perro y parte.

El perro se admira de que sus avisos no sean escuchados; se arroja delante del caballo para impedirle el paso, ladra hasta que le falta la voz, su celo le ciega, se arroja al caballo y le muerde en cuatro ó cinco partes.

Entonces el escribano comienza á concebir sospechas de que su perro está rabiando. En ciertos espíritus las sospechas se cambian pronto en certidumbre. El perro, aunque sin aliento, continuó gritando, y en el exceso de su celo no cuidó de descansar.

—¡Ah! mi desgracia es cierta, exclama el escribano; mi perro tiene rabia; si mordiese á algun pasajero....! es preciso matarle: ¡un perro que me es tan fiel! pero no hay remedio; llegaria á mordirme á mí mismo.

Y diciendo esto toma una pistola, apunta á su perro y cerrando los ojos, le dispara. El perro cae, y revolcándose en tierra, se vuelve hácia su amo y parece que le echa en cara su ingratitud.

El escribano se aleja estremecido, se vuelve á ver á Mufti, quien agita su cola al mirarle, como para darle el último adios. El escribano, desesperado, estentado á bajar del caballo para buscar algun remedio al tiro que le ha lanzado, pero el temor de su persuacion le detiene, continúa tristemente su camino, entregado á mil remordimientos, y seguido de la imagen de Mufti moribundo, no sabe cómo expiar este acto de barbarie: todo lo que tiene daria por repararlo; maldice mil veces su viaje. De repente esta idea le recuerda la de su saco, observa que no lo lleva consigo y se acuerda del sitio en que lo dejó; esto es para él un rayo de luz: entonces vé la explicacion de los gritos y de la cólera del desgraciado Mufti.

Vuelve á todo galopar de su caballo por su dinero, deplorando su injusticia; un reguero de sangre que vé en el camino le hace temblar de horror y pone el colmo á su dolor: llega al pié del zarzal, ¿y qué vé? á Mufti espirando, que habia ido arrastrándose hasta allí para velar al menos por el bien de su desgraciado señor, y para consagrar en su servicio hasta el último instante de su vida,